



Somos personas gozosas

Ser persona según la Acción Católica

Jesús Moreno Led, Consiliario General

*“Construir... una **persona gozosa** que vive la vida como regalo y como tarea, una persona que está llamada a colaborar a través de su trabajo en la obra de Dios”. (LA FORMACIÓN EN LA ACCIÓN CATÓLICA ESPAÑOLA)*

En ninguna página del Evangelio aparece la risa en el rostro de Jesús. Así se deduce de la consulta a diferentes Concordancias Bíblicas del N.T. Solamente dos veces aparece el concepto “risa” en labios de Jesús, en los Evangelios Sinópticos. Una para anunciar el futuro y la segunda para condenar el presente: “Dichosos los que ahora lloráis, porque reiréis... ¡Ay de los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis!” (Lc 6,21.25). Incluso, en la primera parte de esta cita, llama dichosos a los que lloran.

Este dato no sirve para afirmar, como algunos han dicho, que Jesús no era alegre. Nada más lejos de la verdad. El texto citado refleja la realidad del mundo: hay una risa egoísta (la de los fuertes, ricos y poderosos) y lágrimas fruto de la injusticia (las de los pobres y marginados). Y, según Jesús, esta situación cambiará a la hora de la verdad, si no hay conversión. Hay, pues, en el evangelio, una alegría superficial y humilladora del otro como la de Herodes (Lc 23,8) y la de los sumos sacerdotes (Mt 14, 11). Y otra profunda y causada por el bien de los demás, como la del padre que acoge al hijo que se fue de casa (Lc 15,32).

También sugiere el texto de Lc 6, 21.25 que la risa tiene un fundamento oculto para que sea auténtica e, incluso, sanadora. Ese fundamento profundo, del que la risa es una expresión entre otras, es la alegría. Alegría que nace de sentirse a gusto consigo mismo y con los demás. Alegría personal y solidaria.

Lo que sí hace Jesús con frecuencia es hablar de la alegría. No de una manera teórica y académica, sino como de una actitud que surge espontánea en muchas ocasiones normales o extraordinarias de la vida: el pastor que encuentra la oveja perdida (Lc 15,5-6), la alegría del amigo del novio (Jn 3,29), la de la mujer que acaba de tener un hijo (Jn 16,21) y una larga lista que no es posible recoger ahora.

Un paso más: la relación con Jesús produce alegría: como la de Zaqueo (Lc 19,6), la del pueblo (Lc 13,17), la de los “muchos” discípulos (Lc 19,37; 24,41.52; Jn 20,20). Esta misma alegría es la que tienen los apóstoles en muchos pasajes del libro de los Hechos.

Y un dato último y significativo: los evangelios, cuando se refieren a la alegría de Jesús emplean muchas veces la palabra “gozo”. Por ejemplo: “Os he dicho esto para que participéis en mi gozo, y vuestro gozo sea completo” (Jn 15,11). “En aquel momento Jesús se llenó de gozo en el Espíritu Santo” (Lc 10,21). No es de extrañar, por tanto, que las cartas de los diferentes apóstoles hablen y exhorten con frecuencia a los cristianos a la alegría y al gozo (Rom. 12,12; 2 Cor. 13,11; Flp. 3,1; 4,4; 1 Ped. 4,13...) Siguiendo a Jesús, nos dicen que “el Reino de Dios... es justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo” (Rom. 14,17); que “los discípulos quedaron llenos de gozo y de Espíritu Santo” (Hec. 13,52) y que “el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz” (Gal. 5,22).

Risa, alegría, gozo. Este proceso recorrido, que podría enriquecerse con nuevos y ricos aspectos por los muchísimos momentos en que el N.T. habla de la alegría, nos sirve de presupuesto necesario para encauzar cómo debe ser la alegría de una persona militante de A.C. Y para serlo, además, en un mundo carente en demasía de gozo profundo y, por otra parte, buscador infatigable y desorientado de sucedáneos superficiales con los que intenta encontrar salida a su necesidad de alegría: dinero, cosas, huida de la dura realidad, ruido ensordecedor, drogas...

1. Gozo en el Espíritu Santo

Aquí está la raíz de nuestro gozo, de nuestra alegría. La presencia del Espíritu de Dios en nosotros. El cristiano tiene conciencia, por la fe, de que el Espíritu habita en él. Esta conciencia le hace rebosar de un gozo profundo, interior, que nadie le puede quitar (cfr. Jn 16,22). El cristiano se sabe en las manos amorosas del Padre y vive su existencia en la serenidad gozosa de que, suceda lo que suceda, no le abandonará.

Esta conciencia, avalada por la experiencia creyente, le hace ver la vida como un don de Dios. Y así surge en él la acción de gracias como actitud espontánea y natural con la que vive toda su existencia. La acción de gracias se convierte en manifestación del gozo profundo por haber recibido este don. Sentirse regalo del amor, y no fruto de la necesidad o de las circunstancias, es germen de alegría permanente.

El don se convierte en tarea. No tarea impuesta desde fuera, sino aceptada desde el interior, como fruto de la presencia del Espíritu y de concebir la vida como un don. La tarea, el trabajo, la misión tienen como componente esencial la dificultad de ponerlos por obra y la que surge de su misma puesta en acción por las resistencias o rechazos con los que inevitablemente se encuentra. Pero esta dureza y oposición no hace desaparecer ese gozo profundo que tiene sus raíces en el Espíritu.

El gozo en el Espíritu Santo es permanente, no depende de las circunstancias ni de nuestra fidelidad. De lo contrario, no sería gratuito, no sería don. Y el actuar gratuito pertenece al ser de Dios, que es Amor. El gozo en el Espíritu Santo nunca se pierde por el abandono de Dios, que no se puede dar en El; solamente puede desaparecer subjetivamente en el cristiano cuando éste comienza a desconfiar de esta presencia y se detiene más en las dificultades de la tarea que en la generosidad permanente de Dios.

2. Gozo en comunión con los que lloran

El gozo no está reñido con el dolor. Aunque el camino para poder unir vitalmente gozo y dolor es arduo y sólo se puede avanzar por él desde una fuerte actitud de fe o

desde una valoración de la vida por encima de todo fracaso y sufrimiento. La calidad de una vida humana tiene un punto de referencia esencial en la integración del dolor. Y la altura y profundidad de la fe tiene una medida de su autenticidad en la vivencia del dolor con gozo y esperanza. Como experiencia personal puedo decir que nadie me ha mostrado mejor la fuerza de su fe que los enfermos y apaleados por la vida que conservan y expresan de muchas maneras la unión entre gozo y sufrimiento. Son una gracia de Dios para todos los que se acercan a ellos con respeto y amor. Y una llamada, desde su propia experiencia, a trabajar contra todo dolor.

“Alegraos con los que se alegran; llorad con los que lloran” (Rom 12,15). Esta doble actitud sólo es posible desde la comunión y la solidaridad. La alegría con el que se alegra supera el egoísmo y la envidia. Las lágrimas con los que lloran vencen al desinterés y a la lejanía con respecto al que sufre.

El gozo cristiano es incompatible con el egoísmo. No es verdadero cuando se vive de espaldas al que sufre. Por el contrario, el gozo lleva a compartir el sufrimiento del otro. El gozo interior no ofende al que llora. La risa superficial, sí. El gozo interior lleva a la comunión en el dolor con el sufriente. Y le comunica, por contagio positivo, esperanza y serenidad.

El gozo lleva a compartir todo tipo de sufrimiento. Y no desaparece en este contacto; de lo contrario, no sería sanante. Además, el gozo verdadero implica el compromiso activo con todas las personas que sufren enfermedad, pobreza, oposición, injusticia o marginación. El mismo compromiso activa el gozo y lo reparte. La ausencia de compromiso con los que sufren entristece al que no lo ejerce, aunque intente justificarse. Por eso dice S. Pablo: “Me alegro por los padecimientos que sufro por vosotros” (Col 1,24). Y S. Pedro: “Alegraos en la medida en que participáis en los sufrimientos de Cristo” (1 Ped 4,13).

Todo compromiso que no nace del gozo en el Espíritu o no permanece en él se convierte en una acción teñida de amargura, comunica actitudes negativas y transforma en lucha enconada contra alguien y no en actitud permanente de acompañamiento y trabajo a favor del que sufre o es víctima de la injusticia.

3. La fiesta, sacramento del gozo

Con estos presupuestos sí que la fiesta adquiere todo su significado y tiene verdadero sentido. La fiesta es el momento en que el gozo interior se desborda y se hace celebración comunitaria. Entonces, sí, la risa, el chiste, la broma amable, el alimento compartido, el canto, el baile... son expresión de una vida gozosa y de un compromiso con los doloridos del mundo.

La fiesta es anticipo, pequeño y limitado, del gozo que nos espera junto al Padre y con toda la humanidad redimida. Deja de ser un sucedáneo vacío con resaca posterior para convertirse en desbordamiento gozoso de todo aquello que da sentido profundo a nuestra vida. Todos participan. Nadie es excluido. El gozo se multiplica y se manifiesta en cada uno de los participantes según su carácter, personalidad y cualidades humanas.

En la fiesta se celebra el don de la vida, la profundidad de la fe, el fruto conseguido o el compromiso de seguir empeñados en lo todavía no alcanzado. Dios se hace presente y juega y ríe con sus hijos e hijas. La fiesta es descanso del alma y fuerza para el mañana que enlaza con un ayer entregado y esperanzado. Por eso es sacramento de la vida, es decir: signo expresivo del corazón gozoso y solidario con el otro, los otros, el mundo.

De ahí que la fiesta central e imprescindible del cristiano sea la Eucaristía. Es la fiesta agradecida por sabernos salvados por el amor del Padre en la entrega del Hijo,

actualizados por la presencia del Espíritu. Es la fiesta en la que todos podemos participar unidos por el mismo gozo y en el empeño de seguir las huellas de Cristo, “abrazando la Palabra con gozo del Espíritu Santo en medio de muchas tribulaciones” (1 Tes 1,6).

Conclusión

La persona gozosa, desde la fe, se cimienta en el don permanente del Espíritu Santo que la llena del todo y para todo. En esa presencia experimenta el amor del Padre y la entrega del Hijo. Ama la vida. Se alegra con todas las cosas bellas que Dios nos ha dado para disfrutarlas. Trabaja con serenidad y esperanza. Fortalece las relaciones familiares. Se comunica con todos amablemente. Vive la alegría junto con los demás, nunca a costa de los otros. Acepta el compromiso de trabajar solidariamente con todos, especialmente con los hermanos más desfavorecidos, para que la alegría sea patrimonio de todos.

Este es el camino y la expresión de todo militante de A.C. Nada postizo o impuesto, sino reflejo de su ser interior. El compromiso apostólico debe reflejar este gozo interior siempre, sea cual sea el resultado. Todo lo que no se hace con alegría es una carga, no transmite la dicha de ser cristiano y hace de barrera para que el otro pueda encontrarse con el Padre.

El poeta indio, no cristiano, Rabindranath Tagore nos dejó escrito: “Dormía y soñé que la vida era alegría; desperté y vi que la vida era servicio. Serví y descubrí que servir era la alegría”. S. Atanasio, en el s. IV, acuñó este mensaje: “Cristo resucitado enciende una fiesta continua en el corazón del hombre”. Estamos en este espíritu.

Año 2003

Agradecemos al autor el permiso para publicarlo